

The book cover features a complex, layered texture. The top left is a light, crumbly material. The center and right are dominated by dark, concentric, wavy lines that resemble a fingerprint or a cross-section of a shell. A bright orange-red oval is positioned in the upper right quadrant. The bottom right corner is a light, cracked surface. A solid red vertical bar runs along the left edge.

Contemporánea

**GABRIEL ZAID**  
**Cómo leer  
en bicicleta**

DEBOLSILLO



**Gabriel Zaid** nació en 1934 en Monterrey, Nuevo León. Es autor de los libros *Reloj de sol*, *La poesía en la práctica*, *Leer poesía*, *Tres poetas católicos*, *Ómnibus de poesía mexicana*, *Asamblea de poetas jóvenes de México*, *Los demasiados libros*, *Cómo leer en bicicleta*, *El secreto de la fama*, *De los libros al poder*, *El progreso improductivo*, *La economía presidencial*.

## ¿CÓMO LEER EN BICICLETA?

Para montar en bicicleta es preciso no tener miedo, sujetar el manillar con flexibilidad y mirar al frente y no al suelo.  
*Enciclopedia Espasa, artículo "Bicicleta"*

Siguen detalladas instrucciones para el pie izquierdo y el derecho. Para "evitar irritaciones (prostatitis)". Para "los neurasténicos". Así como advertencias si "los riñones no funcionan bien" y reflexiones sobre "las aplicaciones que este rápido medio de locomoción pudiera tener en la guerra", tales como "la creación de cuerpos de infantería montada en bicicletas".

Lo que no viene es cómo seguir tan largas instrucciones: si han de aprenderse de memoria, o ser leídas en voz alta por un amigo que lleve el pesadísimo volumen al galope, él a pie y uno en bicicleta, o si ha de ponerse un atril sobre la misma para ir leyendo...

No hemos podido contener la risa. Se oye un largo chiiit, y todos en la sala nos miran. Sí, fue una profanación. La bicicleta se hizo real, nos hizo reales: entró, bárbaramente, como a caballo en una iglesia.

Pero si leer no sirve para ser más reales, ¿para qué demonios sirve?

## ÉSTE ERA UN GATO

Aunque el ensayo ha padecido menos la preceptiva literaria que otros géneros, ¿qué me dice usted del exordio, preámbulo, isagoge, rodeo, lucubración, perístasis, digresión, latiguillo, invectiva, sátira, ditirambo, encomio; y de las normas y licencias para el caso? ¿Qué de la “agudeza por ponderación misteriosa”, de las “prontas retorsiones”, del desarrollo de “conceptos por una propuesta extravagante”, de la “ingeniosa aplicación y uso de la erudición noticiosa”, de “la acolutia” y otras observaciones de Gracián? Sin hablar del buen gusto, la decencia, la prudencia y todo lo necesario para no decepcionar.

Cuando empecé a escribir estos artículos, mis propósitos eran exploratorios: ensayar con el ensayo mismo, como género de creación. Estaba harto de leer ensayos sobre literatura escritos sin la menor conciencia de su propia literatura. Empecé por hacerme una lista negativa, de las diecisiete o no sé cuántas cosas que me fastidiaban. ¿Sería posible escribir una reseña que no empezara por la palabra Yo? ¿Sería posible no decir jamás: el mejor libro en su género en los últimos cuatro meses y medio? ¿Sería posible criticar limitándose a las cosas públicas y demostrables públicamente, sin conocer siquiera a las personas? ¿Me dejarían pasar críticas a personas con poder literario o político, en vez de las ordinarias valentías contra los poderes abstractos (el Sistema, la Burguesía) o figuras menores, remotas, caídas o difuntas?

La negatividad del proyecto (no hacer ninguna de las diecisiete

cosas) resultó un gran estímulo inventivo: como escribir un texto sin la letra e, un soneto rimado en *ix* o un análisis que tome en cuenta a Marx sin recurrir a sus categorías. No sólo se descubre que es posible: se descubren muchas otras cosas, inesperadas e interesantísimas, que quizá nunca se hubieran descubierto. Entusiasmado, exageré hasta el punto de poner en la lista las fórmulas que iba encontrando. Quería hacer como los artesanos orgullosos que crean un molde y lo rompen para no usarlo otra vez. Huelga decir que la exigencia fue superior a mis fuerzas. Por ejemplo: repetí la fórmula del proceso mental detectivesco.

Por lo demás, nadie se dio cuenta. Mis artículos, al principio, parecían más bien extraños, marginales y curiosos. Gente de buena fe me decía que estaba perdiendo el tiempo con esos divertimentos, que iba a acabar excomulgado de los círculos serios y quizá del país. Cuando, a pesar de todo, empezaron a llamar la atención, fue por el contenido, no como ensayos de formas de ensayar. No se acostumbraba tocar públicamente (ya no se diga, desenfadadamente) ciertos problemas del poder y la cultura en México.

Debo decir también que, al empezar, no me proponía hacer política literaria, ni me creía capaz de hacerla. Tuve que asumir esa responsabilidad al descubrir que la estaba haciendo y que no podía evadir las consecuencias. Para hacer más creíble esta afirmación, voy a tomar un riesgo adicional y declarar lo que ningún político dirá jamás: que me convino mucho. Tampoco lo esperaba. Mis ambiciones de éxito literario (a diferencia de mis ambiciones literarias) no llegaban más lejos que ganarme el respeto de unos cuantos lectores que respeto.

Este libro gira como una elipse en torno a dos polos: las represiones del 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971, que pusieron en crisis la relación del mundo cultural con el poder político en México. Inevitablemente, algunos de sus artículos y poemas se beneficiaron con la muerte de mexicanos inocentes. (A escala modestísima, se entiende: en vez de un público de miles, tuvieron decenas de miles.) Lo digo porque me duele, y porque es importante darse

cuenta. Llamar la atención sobre algo para llamarla sobre sí mismo es un truco muy viejo de la vida pública. Pero callar para no caer en el protagonismo puede caer en algo peor: el silencio cómplice.

Los beneficios extraliterarios que ha recibido el material de este libro me han dolido por otra razón, puramente vanidosa. Nadie se dio cuenta de los nuevos recursos literarios (si tal cosa existe) que estaban puestos en juego. Aprovechar la forma de una monografía científica, un alegato jurídico, un anuncio de periódico, una receta de cocina, una lucubración detectivesca, un estudio estilístico, un análisis astrológico; ensayar por *collage*; hacer *found poetry*, sonetos monorrimos o poemas Oulipo, en vez de los consabidos versitos comprometidos; recordar (en artículos que no aparecen aquí) las series interrogativas o hipotéticas con que termina la *Óptica* de Newton o la forma argumentativa de un artículo de la *Suma teológica*, pasó de noche para casi todos los lectores.

Pero, como dijo Cervantes, siempre queda el recurso desesperado de hacer más inteligible el dibujo de un gato poniéndole un letrero que diga: Éste es un gato.

Así, pues, avisado lector: éste era un gato...

## LA NUEVA LEY DE MALTHUS

*A la señorita profesora Mary Anders,  
que me deslumbró con las primeras  
quinientas páginas de su tesis doctoral  
sobre un libro que pienso escribir.*

La literatura mexicana crece en proporción aritmética. Los profesores norteamericanos, en proporción geométrica. Al paso que vamos, se avecina un desastre.

El hambre, el desempleo, la desesperación, pararán las ruedas del molino académico. Vendrá una crisis peor que la Gran Depresión. Habrá caravanas de hambre hasta la casa de Juan Rulfo, exigiéndole obras. Tendrá que protegerse la frontera contra la indiada doctoral. Algunos exaltados piden que el ejército mexicano organice una expedición punitiva con rifles sanitarios, que acabe de una vez por todas con la amenaza profesoral.

Todo lo cual puede evitarse si, al conceder empréstitos al vecino país, ponemos, como estricta condición, que se apliquen las siguientes medidas anticonceptuosas:

1. Mientras no se invente una píldora adecuada, o un guante de castidad para escribir, se impondrá a los profesores una represión victoriana. Nada de flirteos, de pequeños avances, de notitas aquí y artículos allá, que acaban siempre por abultar en forma inesperada.

2. Quedan prohibidos los excesos tales como "El paisaje matutino y vespertino en la literatura mexicana" o "El tiempo, el espacio,

la muerte y todo lo demás en las obras completas de Gutiérrez Hermsillo". Mediante un sistema de cupones de racionamiento, un organismo de planificación central irá concediendo proyectos limitados, por ejemplo, a "¡Vámonos al diablo!: posibles influencias del lenguaje popular en las tres últimas palabras del poema *Muerte sin fin*". Naturalmente, un Comité Coordinador podrá servir de enlace para autorizar proyectos conjuntos; digamos, con el profesor que investigue "Anda: posibles influencias bíblicas en la antepenúltima palabra de *Muerte sin fin*".

3. La verdadera solución, sin embargo, es el canibalismo. Sin necesidad de más literatura mexicana, el molino académico, como una máquina de movimiento perpetuo, se alimentaría de su propio impulso con trabajos monumentales, por ejemplo: *Diferencias metodológicas entre Jones y Parkinson, al criticar el planteamiento de Wallace, sobre las referencias constantes en la crítica norteamericana de los siglos XXI y XXII a la supuesta influencia del 'Nocturno a Rosario' en el suicidio de Hart Crane*.

Con esto, la literatura mexicana, asediada por los críticos del mundo entero, insolada bajo los reflectores de la atención mundial, devorada y en peligro de exterminio por la voracidad de los profesores norteamericanos, volvería a respirar.

## UN PAÍS PARA LAS VISITAS

Asombra la audacia del *Sombrero Project*. Se trata, nada menos, de que la mayor potencia mundial, preocupada por el dólar, ha decidido copiar, sin sentimientos de inferioridad, al país mejor subdesarrollado del mundo: el país que ha hecho del subdesarrollo una especialidad profesional que lo distingue en el concierto de las naciones, y cuyo nombre, por razones militares, se mantiene en secreto.

1. Se considera que el País x llama la atención mundial por algo más profundo que su fachada folclórica: su conciencia de vivir ante todo para Las Visitas. Por ejemplo:

–Tiempo atrás, el país tuvo el acierto de convertir a sus militares en capitalistas. Ahora resulta que, desterrando así los fantasmas del militarismo, logró infiltrar en el empresariado el viejo código de honor de que “no hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos”. Basta con que Las Visitas se asomen por una fábrica y empiecen a decir: “¡Pero qué bien está!”, para que el dueño, con noble gesto hospitalario, de gran señor, exclame: “¿Le gusta? ¡Quédese con ella! ¡Casi se la regalo!”.

–Hubo un tiempo en que los escritores del país dejaban disimuladamente cartas, papeles y otros testimonios “perdidos”, soñando en la Posteridad; y, al dudar entre varios adjetivos, se daban satisfacciones perversas: “la cara que va a poner mi tía la que hace versos cuando lea esto”. Hoy ha quedado atrás esa visión de campanario, y las preguntas son: ¿Les gustará a los franceses? ¿No sonará

provinciano en Nueva York? ¡La cara que va a poner mi traductor cuando llegue a este trabalenguas! ¿No debería usar este otro juego de palabras, que también funciona en inglés?

–El colmo de esta conciencia nacional de ser admirables se descubrió con cámaras ocultas de televisión. Hasta los niños, cuando están solos, hablan como si estuvieran delante de Las Visitas: sobre control de la natalidad, rebeldía juvenil y otros temas de suyo elevados.

2. Se considera que los Estados Unidos están desencantados de su imagen de grandeza, y de esperar que el mundo los quiera. En cambio, su morbosidad frente al espejo íntimo, que sólo se ha explotado para el consumo interno, puede volverse un éxito internacional y generar aplausos y divisas.

Así como solamente Las Visitas ven que el País X es *so romantic!*, *tellement surréaliste!* cuando (con riesgo de arruinar la función) un nativo asesina a su compadrito, únicamente los turistas verán la fascinante realidad, mediante nuevas tecnologías:

–Unos anteojos (verdes, por supuesto) y una cámara (para colgar del cuello, naturalmente) de funcionamiento introfánico: capaces de transparentar las casas de la franja turística, para que así la *American way of life* pueda verse al desnudo.

–Unos audífonos inalámbricos, con selector de escenas, conectados a micrófonos ocultos por todos rincones. Aunque se cree que el pueblo, en su afán de facilitarle todo a Las Visitas, podría gemir en distintos idiomas, lo práctico es un sistema de traducción simultánea satelital.

–Un *sociological kit* con estadísticas, tablas de muestreo, instrucciones y todo lo necesario para hacer encuestas íntimas. Desde luego, sería obligatorio que los hoteles de cinco estrellas tuvieran un *service bureau* electrónico, donde los cansados turistas pudiesen dejar sus cuestionarios, que serían computados en el tiempo de bañarse, cambiarse y bajar a cenar. Con los postres y el café, se entre-

garían los porcentajes y todo lo necesario para una discusión sociológica.

3. Igual que los arqueólogos protestan porque se destruyen palacios indígenas para la construcción de carreteras turísticas, es de esperarse que algunos grupos puritanos traten de movilizar la opinión en contra del proyecto. Para contrarrestarlos, se piensa en una campaña subliminal por televisión, que imprima en la conciencia nacional las ventajas patrióticas de la morbosidad, con los siguientes argumentos:

a) Las demostraciones mundiales son contra la Casa Blanca, no contra el pueblo norteamericano. Por eso es importante que el pueblo convenza a Las Visitas de que no tiene nada que ocultar.

b) Todo el planeta piensa que, en realidad, los norteamericanos son buenos en el fondo. De ahí la importancia de mostrar el fondo.

Habría que ser necios, para no quitarse el sombrero delante de un proyecto tan inteligente. Por algo dijo un gran empresario:

“Después de Dios, ¡los gringos!”

## LA FALACIA DE MAX AUB

Hemos leído con horror la tesis sobre *Implicaciones dogmáticas del Teorema de Max Aub para el desarrollo del Tercer Mundo* que presentó un profesor malgache en Lovaina para doctorarse en teología. ¡En qué mundo vivimos! Todavía no se escribe en español un artículo serio sobre el descubrimiento publicado hace un año por Max Aub (ya se sabe a qué velocidad nos damos cuenta del talento científico en el mundo de habla española) ¡y ya hay un profesor extranjero becado para investigarlo! Todavía no se publica la tesis en francés (ya se sabe a qué velocidad nos damos cuenta del más oscuro talento extranjero) ¡y ya se tradujo al español! Ahora que la sesuda Universidad de Navarra publica la traducción, tal vez Max Aub empiece a darse cuenta del juego chestertoniano en que ha caído.

Porque el famoso Teorema de Max Aub no merece llamarse más que la Falacia de Max Aub: el error más nocivo del siglo. Para desenmascararlo, seguiremos sistemáticamente.

### 1. El teorema

Los cálculos que publica en su *Correo de Euclides* pretenden demostrar lo siguiente: Si yo tengo dos padres, que tuvieron dos padres, y así sucesivamente, mis antepasados son infinitos. La serie es 1 (yo), 2 (mis padres), 4 (mis abuelos), 8 (mis bisabuelos), 16 (mis tatarabuelos), que se expresa simplemente por la fórmula  $2^n$ , donde  $n$  es el ordinal de la generación anterior. Así, por ejemplo, el número de mis tatarabuelos (cuarta generación anterior a mí) es  $2^4=16$ .

Un cálculo interesante que se puede hacer con esta fórmula es el inverso: ¿Cuántas generaciones hace que mis antepasados eran tantos como la población actual del mundo, digamos cuatro mil trescientos millones? Solución: Si  $2^n = 4.3 \times 10^9$ ,  $n = 32$  generaciones.

Con este resultado, se muestra la falacia en todo su esplendor. En efecto, suponiendo 25 años por generación, hace  $32 \times 25 = 800$  años, contando nada más mis ancestros directos, había tanta población como hoy sobre el planeta. Una sola generación antes, es decir: hace 825 años, mis ancestros eran ya el doble de la población actual del mundo.

El corolario práctico es clarísimo. No hace falta el control de la natalidad. Está demostrado científicamente que la población del mundo disminuye a un ritmo vertiginoso.

## 2. Suspiciasias

Como se sabe, Max Aub dirige una publicación de investigaciones geriátricas, llamada, justamente, *Los Sesenta*. La geriatría, como se sabe, es la ciencia destinada a la dominación del planeta por una serie de viejos cada vez más jóvenes, gracias a que devoran a las nuevas generaciones. Es el mito del Tiempo devorando a sus hijos; la propuesta de Swift de que los ricos se coman a los niños de los pobres, para resolverles el problema; la tendencia a consolidar una gerontocracia universal: los pueblos longevos y ricos, convenciendo a los pobres de que la mejor manera de acabar con la pobreza es acabar con los pobres, mediante un discreto genocidio antes del nacimiento.

De ahí la rebelión de la juventud. Sabe que logró filtrarse al planeta por un error de técnica anticonceptiva de sus padres. Lucha por la supervivencia. De ahí también su espíritu conspiratorio y las puertas cerradas a los mayores de treinta. Es la misma cerrazón de *Los Sesenta* a quien no haya cruzado esa otra edad de consigna.

Con esto, el lector suspicaz ya puede maliciar lo que ha pasado. Ha sido un golpe de los jóvenes: un caballo de Troya que Max Aub dejó pasar y ahora no habrá quien detenga. Pronto circulará la idea

de que la verdadera explosión de la población es otra: la de los viejos. Del control de la natalidad se pasará al control de la senectud. De la paternidad responsable al parricidio cariñoso.

A nadie se le permitirá más que un número limitado de progenitores. Los demás serán devorados para acelerar la precocidad de los jóvenes.

### 3. La falacia

Antes de que las hordas juveniles se lancen al canibalismo, desactivemos la falacia.

De ser todos hijos únicos de hijos únicos, etcétera, sucedería, en efecto, que la población mundial vendría contrayéndose a la mitad cada generación. Pero no todos somos hijos únicos. Además, mis antepasados no son exclusivamente míos: los comparto con mis hermanos y mis primos. Es decir: mis ancestros son más numerosos que yo, pero no más que el conjunto de mis hermanos, primos hermanos, primos de segundo grado y así hasta mis primos de enésimo grado.

Si construyo el árbol genealógico que llega hasta mí, puedo suponer que tuve dos padres, pero no necesariamente que tuve cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos. En un caso melodramático, si mis padres fuesen hermanos, yo no tendría cuatro abuelos sino dos. Y, si fuesen primos, yo no tendría ocho bisabuelos sino seis. En realidad, cuanto más se retrocede, es más difícil que la progresión  $2^n$  se cumpla, porque, en un grado  $n$ , todos somos más o menos parientes y más o menos hijos del incesto.

## SOBRE LA PRODUCCIÓN DE ELOGIOS RIMBOMBANTES

La industria del elogio necesita modernizarse. El arte de elogiar es difícil, poco adaptado a la velocidad y magnitud que la moderna producción de elogios requiere. Hacen falta elogios mecánicos que, a diferencia de los comunes y corrientes, sean mecánicos de verdad: acuñados con máquinas.

La solución es modular: infinitas formulaciones que sean variantes de un prototipo. Pero, ¿basta un solo elogio para la demanda insaciable, en un país hambriento de elogios? Si escribir no da dinero, ni poder, ni siquiera lectores, ¿se puede coronar de Gloria, Gloria Inmensa, Gloria Única, a todos los que ponen su ilusión en las Bellas Letras?

Esto da por supuesto que la producción de elogios no da abasto. A juzgar por lo que se dice, no existirían siquiera los elogios, sino la crítica feroz, pronta a devorar todo engendro creador. Sin embargo, basta un mínimo recuento de las notas y reseñas que se publican para ver que lo único feroz en México es el silencio. Las reseñas y notas son, por lo general, elogiosas, o cuando menos anodinas. Y tienen más lectores que los libros.

Un elogio puede leerse en una peluquería. En cambio, leer libros supone un ánimo decidido, aunque sea decidido por la necesidad de escribir un elogio. Afortunadamente, el ruido sobre los autores interesa más que los libros; y se difunde empaquetado en solapas, boletines, reseñas, entrevistas, polémicas y balances de fin de año,